

## El viaje a Tours, o los enamorados. Una égloga del Renacimiento francés

---

CARLOS CLEMENTSON  
*Universidad de Córdoba*

### EL HUERTO DE RONSARD

#### Una breve aproximación a su mundo poético

La obra de Ronsard, uno de los máximos poetas de la literatura francesa, al tiempo que de más abarcadora amplitud de registros, preocupaciones y matices, es, realmente, bastante desconocida en España, con la excepción de alguna de sus más divulgadas composiciones, recogidas en las antologías escolares; exiguas composiciones que, naturalmente, ofrecen, de ese brillante y sugestivo *huerto de Ronsard*, que cantara Machado, una visión muy parcial y limitada, poco representativa de la densa complejidad de su mundo poético<sup>1</sup>.

Pierre de Ronsard no es sólo, por supuesto, el epicúreo y melancólico autor del inmortal soneto a Helena, que comienza *Quand vous serez bien vieille, au soir, à la chandelle*, o de la universalmente conocida oda a Casandra, *Mignonne, allons voir si la rose...*, poemas que, por su generalizada difusión, pueden reducir, para una atención un tanto superficial, la rica personalidad de su autor a un solo plano de sus varias facetas,

---

<sup>1</sup> El único estudio, que nosotros sepamos, publicado en castellano sobre el poeta data de 1945: *Ronsard, su vida y su época*, de D.B. Wyndham Lewis, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

En cuanto a las escasas versiones de su obra a nuestra lengua, con la excepción de las dos o tres piezas más tópicas de su autor, que han tentado con frecuencia la atención de nuestros traductores, sólo contamos con la impecable, ajustada y poética, de los *Sonetos para Helena*, realizada por Carlos Pujol: Barcelona, Bruquera-Libro amigo, 1982.

Con la intención de subsanar tal carencia, llevamos traducidos más de cinco mil versos del ingente *corpus* ronsardiano, a fin de dar a conocer próximamente un amplio muestrario de su variada obra poética, en verso castellano, de la que los incluidos en este ensayo, junto a la égloga con que lo finalizamos, son un leve anticipo.

Fue una grata manera de pasar el cálido verano cordobés de 1987, a la sombra de uno de los más bellos jardines de Francia.

sino uno de los poetas renacentistas de mayor incidencia en la literatura de su tiempo, para quien la poesía es tanto medio de conocimiento como de goce, y autor de una vastísima producción de más de setenta mil versos, que recogen con una muy refinada maestría técnica y una arrebatadora inspiración, casi prerromántica en ocasiones, el deslumbrante abanico de inquietudes estéticas, filosóficas, morales, religiosas y políticas de su tiempo.

En este sentido, en cuanto resumen o compendio del espíritu de su siglo —el brillante Renacimiento francés en su caso— Ronsard se adscribe, como Fernando de Herrera y luego Lope, en España, o Victor Hugo, en el siglo XIX europeo, a esa pléyade de poetas totalizadores que, por la diversidad y grandeza de su genio, por su versatilidad espiritual y expresiva, se constituyen, definitivamente y por encima del tiempo, en permanentes símbolos de toda una época y de las inquietudes espirituales de una comunidad.

Como su contemporáneo Herrera, en España, Ronsard auna su petrarquista sensibilidad de poeta lírico y a su cívica y noble vibración personal por el destino de su patria, sus preocupaciones humanísticas por el futuro de su lengua, el estilo y la literatura, que para él se constituyen en otra auténtica pasión, ésta de tipo intelectual, que le lleva a extasiarse ante un texto antiguo de Píndaro o de Anacreonte con la misma sincera efusión que ante un bello rostro femenino o un refrescante y sereno paisaje de las riberas del Loira.

A veces, la presión imitativa de sus modelos antiguos y su fidelidad a sus particulares postulados estéticos acaban por constreñir el libre vuelo de su inspiración personal —sobre todo en sus primeras odas y en el frustrado intento épico de su *Franciada*— con el peso y aparato de una erudición humanística y mitológica —muy característica de su tiempo, por otra parte—, que deseca la espontánea fluidez de su discurso; mas el poderoso genio lírico ronsardiano, a pesar del casi sagrado prestigio de sus sugestivas fórmulas renacentistas, logra triunfar, la mayor parte de las veces, de sus propios condicionamientos estéticos, y se alza, entonces —radiante o melancólico, arrebatado o sereno— a muy elevadas y oxigenantes latitudes de emoción, poesía y belleza.

Como Herrera, Ronsard es un humanista, un apasionado y ferviente estudioso de la Antigüedad y sus dilectos autores pretéritos; como Lope, era un vitalista con todos sus sentidos en alerta y palpitante disposición receptiva para captar todos los movimientos y sugerencias de la vida: desde una página de Homero o de Teócrito, a los familiares horizontes naturales de su bello país natal, pasando por el refinamiento estilizado de alguna dama de la corte de los Valois, o la agreste belleza juvenil de cualquier muchachita campesina, sin olvidar tampoco las calamidades políticas y convulsiones de su patria, o su cristiana confianza en un absoluto religioso que venía a profundizar la superficie de su temperamento constitutivamente hedonista y pagano.

Conciliador de toda suerte de contrarios, clásico y romántico *avant la lettre*, aunque sin la ingenua y severa simplicidad de los grandes modelos antiguos, sino más bien tocado de un cierto preciosismo y blandura alejandrinos, por más que en muchos de sus versos —aquellos más mesurados y robustos— anticipase la sobria majestad de los grandes maestros del Clasicismo francés del XVII, la personalidad literaria y humana de Ronsard se nos ofrece como lo más alejado a un espíritu de una sola pieza.

Mas todo ello bajo el común denominador unificador de su porosa y abierta sensibilidad y temperamento; exaltado en el goce, y también consciente de la transitoria limitación de ese goce, que nos lo hace más apetecible.

Como nos recuerda G. Lanson, *el temperamento de Ronsard era voluptuoso, sensual,*

melancólico, con esa melancolía que la brevedad y relatividad de las inestables voluptuosidades imponen a los sensuales: sufría fuertemente la impresión de las cosas exteriores y la devolvía en imágenes que expresaban la concordancia o el contraste de la naturaleza visible con las disposiciones íntimas de la naturaleza subjetiva. En una palabra, había en Ronsard un temperamento de lírico elegíaco. Y, en justa correspondencia a su carácter, es en este género donde alcanza sus más puros, auténticos y perdurables acentos.

## LAS OBRAS DE RONSARD

Imbuido de una filial fascinación por las literaturas clásicas, Ronsard comienza imitando a los autores antiguos con una fidelidad un tanto anacrónica y excesiva, sobre todo en sus artificiosas y elaboradísimas odas pindáricas de su juventud, de muy sonora elocuencia y brillantez, pero vacías de auténtico sentimiento poético, con la excepción de su noble y majestuosa *Oda a Michel de l'Hospital*. No obstante, estas odas sirven para enriquecer el caudal de la lengua francesa con numerosas acuñaciones cultistas y, sobre todo, para dotar a su poesía de una serie de nuevos ritmos y estrofas, de envolvente cadencia y armonía, que pervivirán y seguirán siendo cultivadas con fortuna, en pleno Romanticismo, por Hugo, Musset o Lamartine.

Mas afín a su temperamento, el magisterio de Horacio, lleno de humanidad, de frescura, de amable hedonismo y limitación, le sirve para explayarse en otra serie de odas exquisitas y ligeras en las que el poeta vierte su sonriente y voluptuoso amor a la vida, al vino y al amor, su indeclinable temperamento epicúreo, gozador de toda suerte de placeres tanto intelectuales como sensuales. Frente al anacronismo conceptual de las odas pindáricas, éstas otras aparecen rezumantes de frescura y veracidad, salpimentadas de detalles familiares y reales referencias a su vida y a su país.

El magisterio de Anacreonte, editado por Henri Estienne en 1554, incidirá sobre la delicada afectación y amaneramiento alejandrinos de otra serie de odas, abundantes de acaramelados y melíficos diminutivos que parecen anticipar el amable y gracioso decadentismo del arte rococó, y que, la mayor parte de las veces, pueden hasta empachar el gusto del lector actual. (Tendríamos que acudir al dulcísimo Meléndez Valdés, en nuestra literatura, para encontrar un equivalente análogo, ya en el XVIII, aunque no exento de encanto y picardía, en ambos casos).

En sus dos primeros libros de *Les Amours* (1552-1555), Ronsard se constituye en uno de los más complejos y sutiles cantores de la pasión amorosa, sobre todo de la pasión francamente erótica, aunque nunca despojada de una cierta ternura, con una fina capacidad de penetración psicológica en los cambiantes entramados de las relaciones sentimentales.

*Les Amours de Cassandre* (1552) es una artificiosa colección de composiciones petrarquistas, dedicadas a Casandra Salviati, hija de un rico banquero italiano. Dentro del formulismo preciosista y alambicado propio de la escuela italiana, y sus bellos convencionalismos a cuyos estereotipos expresivos logra infundir un renovado vigor, Ronsard deja entrever raptos de emoción personal y sincera, una fresca vivacidad que en *Les Amours de Marie* (1555) se vierten en un muy luminoso sentimiento de la naturaleza y de su paisaje natal, con un cierto desenfado realista, al margen de las frías destilaciones de escuela, y una cálida emoción íntima.

En los *Hymnes* (1555-1556) Ronsard intenta una poesía de más altos vuelos y más densa temática, que en el *Himno a la muerte* adquiere una austera y serena gravedad meditativa, y en el *Himno a los astros* una sonora impostación invocatoria, de prerrománticas resonancias:

*Je vous salue, Enfants de la première Nuit,  
Heureux Astres divins, par qui tout se conduit...*

que nosotros hemos traducido así, intentando salvaguardar, sobre todo, el tono arrebatado y vibrante del arranque:

Yo os saludo, oh criaturas de la Noche primera,  
faustos astros divinos, por quien todo se rige...

Asímismo, y en su *Himno a los demonios*, al igual que ambicionara dotar a su patria de un gran poema épico en su futura *Franciada*, intenta proporcionarle también un cierto tipo de poesía didáctica en la línea del *De rerum natura*, de Lucrecio, en su filosófica preocupación por el destino de la materia, que veremos luego aflorar en varias de sus composiciones, como en su *Elegía contra los leñadores del bosque de Gâtine*.

Esta sinfónica pluralidad de voces y de acentos se completa con su producción cortesana de poeta oficial bajo el reinado del también poeta Charles IX, y de manera muy especial en sus *Discursos*; junto a los *Himnos* y los *Amores*, algunas églogas y elegías, lo más sugestivo de su producción.

Ronsard abandona su frondosa erudición humanística y el magisterio de los poetas antiguos e italianos para comprometerse literariamente en los enfrentamientos de las guerras de religión que desgarran a Francia, poniendo su inspiración vigorosa y patética al servicio de su patria, de su rey y de su fe católica. (También de sus intereses personales -todo hay que decirlo).

Los *Discursos* son un modelo de dicción grave, austera, dolorida, cargada de autenticidad y sentimiento, en los que el lenguaje poético se aproxima vividamente al tono de la lengua hablada, de manera conmovedora y actualísima, en especial en el dicerio y la ironía, o en la confesión personal.

Ronsard se erige frente a las intolerancias teológicas que ensangrientan su patria, y demanda al principio paz, concordia y perdón. Posteriormente, ante la visión de una Francia año tras año desolada por las luchas y las ambiciones políticas y religiosas, de las que es víctima propiciatoria el pueblo inocente, su anterior ecuanimidad se trueca en indignación, en sarcasmo, en sátira y amargura contra los soberbios teólogos y fanáticos desencadenadores de todas estas calamidades y matanzas, tomando ardientemente partido, como hará también Agrippa D'aubigné, desde el bando contrario.

Tras la exigua resonancia de su poema épico *La Franciada* (1572), género para el que en modo alguno parecía dotado su genio esencialmente lírico, y desplazado en los favores de la corte por el joven Philippe Desportes (1546-1606), poeta preferido por el nuevo rey Enrique III, Ronsard se retira a su priorato de Saint-Cosme-les-Tours, desde donde cantará a Hélène de Surgères, dama de honor de Catalina de Médicis, a la que dedicará una amplia serie de magistrales sonetos en los que reaparecen el sabio artificio petrarquista y las frecuentes alusiones mitológicas del ciclo juvenil de Casandra, en una suerte de pasión más literaria que sincera, mas a la que también el ya maduro y desengañado Ronsard infunde su particular melancolía ante el paso del tiempo y la belleza con la horaciana exhortación al goce del instante.

Y en estas últimas notas de ardiente epicureísmo no hay ya "literatura" alguna, sino

punzante sentimiento personal sin convencionalismo epocal alguno, experiencia de la verdad del tiempo que pasa y que todo lo aboca al desgaste y a la ruina.

Pasa el tiempo, y hace ya muchos años que, para el poeta, agostáronse las bellas rosas de su juventud florida y cortesana. Ronsard, que fuera casi realmente adorado por la Europa de su siglo, cuya fama había traspasado los confines de Inglaterra, de Alemania, de Italia y Polonia, el admirado de reyes y poetas, de Isabel I, María Estuardo, del mismo Tasso que en 1575 quiso leerle personalmente sus propios versos, aquel que fuera recibido frecuentemente en palacio por su rey Carlos IX con los mismos honores con que se recibe a un soberano, se siente viejo, achacoso, postergado. Únicamente le queda la devoción de sus doctos amigos y el recuerdo de sus galantes y amables aventuras, que él ha elevado a perdurable categoría estética en sus sonetos inmortales.

Como el de Lope, aunque menos familiar, el *huerto de Ronsard*, también es ahora un *huerto deshecho*.

Enemistado con sus adversarios religiosos, su constitutiva tendencia a la melancolía se acentúa. A la epicúrea exaltación del placer sobreviene una serena *meditatio mortis*, una reflexiva invocación a la muerte como misericordiosa consoladora y definitiva libertadora de los desencantos y fatigas de este mundo y del cuerpo vencido. Con un noble fatalismo estoíco el poeta se enfrenta con el dolor. Y el que fuera cantor del placer y de la belleza de los cuerpos va a encontrar en el sufrimiento y en su propio vencimiento físico un motivo punzante y purificador de su palabra sensual y lujosa.

En sus últimos poemas, y durante su última enfermedad, Ronsard escribe algunos de sus versos más sinceros, más realistas y conmovedores, dentro de una muy afectiva y cálida sencillez expresiva. Su palabra se adelgaza —desnuda y temblorosa— y se hace familiar y casi coloquial en la patética confesión de sus últimas amarguras, anticipando el verismo confidencial y la sobria cotidianeidad de cierta poesía contemporánea.

Y, paradójicamente, quien hubiera comenzado a cantar, en sus años juveniles, con la robusta y rica vibración humanística de sus recreaciones pindáricas termina haciéndolo, sobre el lecho del dolor, con el más humano y dolorido de los acentos.

O no tan paradójicamente, pues, al fin y al cabo, a Ronsard nada de lo humano, desde las pasiones de la inteligencia a las de la carne, habría de serle ajeno. Y su poesía —varia y abundante— da buena cuenta de ello.

Y en ello, creo, radica, junto a la eficacia estética de su discurso, la ya clásica permanencia de su obra.

Una poesía que muestra, por otra parte, una muy alta conciencia de sí misma, de su propia dignidad y nobleza, así como un altísimo concepto de la figura del poeta como *vates* inspirado y capaz de un mensaje oracular cuyas revelaciones son susceptibles de desafiar con fortuna los estragos del tiempo. Y en esta sublime valoración de la figura del poeta, como ser inspirado, deja entreverse ese "eón", romántico y dionisiaco a la vez, que cruza —fulgurante— la renacentista lírica de Ronsard, quien, por otra parte, en su vital y nada artificioso ni libresco sentimiento del paisaje va a anticipar las cálidas efusiones ante la naturaleza del posterior romanticismo francés.

Como luego Lamartine, Hugo o Musset, Ronsard se reconoce y se afirma en sus caros paisajes natales de las riberas de Loira con los que panteístamente parece comulgar y cobrar fuerzas, como un nuevo Anteo, en sus raptos de cordial fusión con la tierra, de casi religiosa comunión con la materia; una materia que para Ronsard, en la lenta pero incesante mutabilidad de sus formas mas también en la inagotable y profunda permanencia de su

identidad, aparece configurada con las mismas propiedades de lo único, de lo sagrado y casi divino.

Y así gusta de reconocerlo consoladoramente el poeta en los versos finales de su magna elegía *Contra los leñadores del bosque de Gâtine*:

*De Tempé la vallée un jour sera montagne  
et la cime d'Athos une large campagne;  
Neptune quelquefois de blé sera couvert:  
la matière demeure et la forme se perd.*

Y que nosotros nos hemos atrevido a traducir de este modo con una cierta libertad actualizadora de sus referencias mitológicas:

Del Tempe el valle un día será erguida montaña  
y las cumbres del Athos una extensa llanura;  
el mar verá cubrirse de espigas sus espumas,  
pues la materia queda, mas la forma se pierde.

Pues su visión de la naturaleza, si bien nutrida de referencias y alusiones al mundo de la tradición bucólica y la mitología, no aparece casi nunca como una copia desfilada, recortada de cualquier égloga clásica o italiana, como mera elaboración libresca, despojada de profundidad y sentimiento. El suyo es un paisaje real, concreto, vivido y descrito, o cantado, en el poema con cierto lujo de matices y detalles exactos, e incluso con frecuentes y sabrosas referencias toponímicas, aún cuando se trate de un género tan artificioso y convencional como el de esta égloga que hoy presentamos a la atención del lector, y todo haya de expresarse en el refinado convencionalismo formal propio del género pastoril.

## **EL VIAJE A TOURS, O LOS ENAMORADOS**

Esta pastoral, perteneciente al ciclo, o cancionero, de los *Amores de María*, se constituye en una extensa y brillante composición de trescientos cincuenta alejandrinos, que se vierten por primera vez al castellano, y en donde resplandece en toda su hermosura, como en un rico tapiz cortesano del siglo XVI, toda la suntuosa y radiante sensualidad del arte renacentista.

Como señala Henri Weber, el gran conocedor de la poesía francesa de esta época, *“El viaje a Tours es el resultado de la contaminación de varios idilios de Teócrito. Ronsard prueba a unir la realidad familiar de su campiña francesa a la frescura del poeta griego. Este *Viaje a Tours* se abre por un itinerario bien real, el que conduce a Ronsard (Perrot) y a su amigo Baif (Bellot) del bosque de Gastines, o Gâtine, al priorato de Saint-Cosme lez Tours a través de Marré y Beaumont -la-Ronce. De allí la barca de Marie nos llevará hacia Bourgueil.*

Sin duda —como sigue exponiendo Henri Weber— las demasiado largas declaraciones amorosas resultarán un tanto convencionales, sin duda que también los recuerdos de Virgilio, o las múltiples leyendas tomadas de *Las Metamorfosis*, de Ovidio, quedan insepa-

rables de la visión directa de los pájaros y las flores. Pero no hay poesía sin mito. Hoy nosotros tan sólo hemos cambiado de mitología, y es a través de la historia, de la leyenda, la pintura, los tapices, e incluso de los versos mismos de Ronsard, que nosotros hoy día sentimos y miramos estos mismos paisajes<sup>2</sup>

Esta fusión de erudición y vida, de experiencia cultural y de experiencia inmediata de la más vivida y sabrosa realidad del país, que tanto caracteriza la visión poética de Ronsard y sus compañeros de generación, ya fue justamente señalada por uno de los más sensibles lectores de Ronsard en España. Me refiero al "afrancesado" Eugenio d'Ors, quien detecta "cómo en la Pléiade se da la unión de fábula greco-romana y de perfumes del terruño natal, simbolizada para este movimiento francés en el *marbre pur* y la *ardoise fine*"<sup>3</sup>, de los que nos habla Du Bellay en su conocido soneto uliséico.

Incluso podemos observar en el poema el característico empleo de ciertos términos dialectales enriquecedores de la lengua, reivindicados por el nuevo criterio lingüístico de Ronsard y la Pléiade. A veces, como observa Weber, "se trata menos de términos dialectales propiamente dichos que de términos rústicos, campesinos o simplemente familiares: *neufards* por *nénuphars*, *gratte-cu* por el fruto del agavanzo"<sup>4</sup>.

Pero como oportunamente matiza otro distinguido *ronsardista*, Françoise Joukovsky, "no hay que engañarse sobre esta pretendida simplicidad. La nueva Musa es rústica, pero sin rusticidad: ella sabe *le langage des fleurs et des choses muettes*. El idilio no se desarrolla en una campiña abundantemente descrita: la pieza más precisa en este sentido es *El viaje a Tours*. (...) Por más que Ronsard sepa observar los pájaros y las frondas, él ha dado solamente un *barniz* campestre al conjunto de la colección, con la ayuda de ciertos detalles, diseminados a lo largo de estos poemas húmedos de rocío. Hay una gran abundancia de pájaros y flores, pero que, igualmente, hay que considerar como símbolos: el ruiseñor y la tórtola ofrecen la imagen de la pena amorosa, la rosa es la flor de Venus, y la hiedra un signo de fidelidad (...). El árbol aparece en una composición simbólica como un trofeo de amor. Animales y vegetales son a menudo designados por perífrasis que los presentan como elementos de una tradición (...). Las flores que cuida María no han brotado plenamente de la tierra. La simplicidad refinada de estos *Amores* expresa una nostalgia —y no un redescubrimiento— de la inocencia rústica y primitiva. Ronsard evoca la libertad y la pureza de los amores animales y vegetales, en muchos sonetos, y el sueño arcádico florecerá en *El viaje a Tours*"<sup>5</sup>.

Mucho se ha fabulado por parte de la crítica sobre estos sugestivos y novelescos amores del maduro poeta y la jovencita campesina, que, en el fondo, no dejan de ser también eminentemente literarios. Todos los datos que tenemos de ellos están tomados del mismo cancionero de María y no ofrecen, creemos, ni falta que hace, una muy fiel exactitud histórica.

Jean Bernadac, en su deliciosa introducción a la obra del poeta, *L'essentiel sur Ronsard*,

<sup>2</sup> Ronsard, *Les Amours*, Edition de H. et C. Weber, Garnier, París, 1985, pág. XXII.

<sup>3</sup> Eugenio d'Ors, *Estilos del pensar*, cit. a través de Andrés Amorós, *Eugenio d'Ors, crítico literario*, Prensa Española, Madrid, 1971, pág. 54.

<sup>4</sup> Ob. cit. pág. XLIV.

<sup>5</sup> Ronsard, *Poésies choisies*, Introduction par F. Joukovsky, Garnier, París, 1969, págs. XII-XIV.

nos los resume del siguiente modo: "El 20 de abril de 1555 el poeta se encuentra, en Bourgueil, con Marie Dupin, y más exactamente en Port-Guyet, al borde del Loira. Ella era hija de un posadero y tenía dos hermanas, sin duda encantadoras también, puesto que nuestro Ronsard duda entre cortejar a la una o las otras. Finalmente, María, la mayor, es la que lo subyuga. Las relaciones del poeta con esta hermosa muchachita fueron bien distintas a las que había tenido con Casandra. Relaciones amorosas, sin duda, pero también pretexto para cebar una nueva aventura literaria en la que se trasluce un sentimiento más fresco, más simple, más profundo también y bien lejos, esta vez, de la inspiración pindárica que ya está olvidada.<sup>6</sup>"

Y continúa Bernadac: "No nos asombremos si al hilo de su viaje Ronsard hace alusión a los paisajes griegos o romanos pues él asimila, sin esfuerzo aparente, esta naturaleza a la de los *Antiguos*, y los dioses frecuentan igualmente las riberas del Loira: ¿no habla él precisamente de un Baco vendomés?<sup>7</sup> (Bernadac se refiere al magno *Himno a Baco*, en el que el poeta imagina una fantástica venida del dios a las orillas de su río con todo su cortejo de ménades y acompañado por Sileno. Se trata de uno de los más paganos y arrebatadores poemas de Ronsard, rebosante de fervor y delirio dionisiacos).

E Ivonne Bellenger, frente a la, por otra parte, innecesaria sinceridad sentimental por parte del poeta como factor presumiblemente esencial para la verdadera poesía, reivindicado un poco ingenuamente por cierta crítica romántica, hace observar cómo "de la inspiradora de estos nuevos *Amores*, nosotros no sabemos nada más que lo que de ellos nos cuenta Ronsard y algunas indiscrecciones, mínimas, de Baif: Que se llamaba María, que tenía quince años, que era angevina, de la aldea de Bourgueil. Por otra parte, nada permite afirmar que ella se llamara Dupin o Du Pin: esta hipótesis se funda en un poema de Ronsard que habla *du pin de Bourgueil*, débil indicio<sup>8</sup>."

Otros datos que de una atenta lectura de este cancionero podemos extraer son, entre otros, la duración —seis años— de estos amores:

*Or il en adviendra ce que le ciel voudra;  
Si est-ce que ce livre immortel apprendra  
Aux hommes et au temps et à la renommée  
Que je vous ai six ans plus que mon coeur aimée.*  
(Elégie à Marie)

El maduro poeta nos habla de su musa como de *la petite pucelle angevine*, o una *fleur angevine de quinze ans*, de lozanas mejillas como una rosa y cabellos oscuros o castaños, trenzados en rodetes en torno a las orejas. Una muchacha que emana agrestes perfumes al terruño natal, un más gustoso sabor a realidad fresca e inmediata que el artificioso idealismo petrarquista de los más aristocráticos sonetos a Casandra o a Helena, teñidos éstos ya de una melancólica actitud ante el paso del tiempo y la inminencia de la muerte. En definitiva, una radiante plenitud<sup>9</sup>.

<sup>6</sup> Libraidisque, Vendôme, 1985, pág. 27.

<sup>7</sup> Ob. cit., pág. 54.

<sup>8</sup> Ronsard, *Oeuvres poétiques*, Larousse, París, 1972, pág. 32.

<sup>9</sup> De una atenta relectura de la obra, por nuestra parte, hemos podido extraer los siguientes versos que pueden darnos ciertos indicios, más o menos exactos o literarios, sobre la joven amada de Ronsard:



De todos modos, ante estos poéticos amores por Casandra, por María, por Sinope, por Astrea y demás objetos amorosos de la pasión, humana o literaria, del impetuoso poeta, no es lo más pertinente, creemos, perdernos en eruditas y profusas disquisiciones sobre la verdadera o supuesta personalidad de sus reales o bien imaginativas amadas. Más que el episodio o anécdota de esos amores, hayan sido o no reales, lo que realmente nos importa es el fruto estético o poético de todos ellos. Y la bondad de esos frutos está fuera de toda duda.

Concluyendo esta breve aproximación a los *Amores de María*, en los que es pieza fundamental este *Viaje a Tours*, que hoy presentamos en verso castellano, no podemos omitir tampoco que todo ello pertenece también al viejo tema literario del encuentro de la joven campesina y el poeta caballero en el seno de una naturaleza cómplice y acogedora, como aparece en nuestra "Vaquera de la Finojosa", del Marqués de Santillana, una naturaleza que en la égloga que traducimos brilla con el delicado esplendor de una joya renacentista.

Con fresca naturalidad y sin falsos pudores el caballero invita a la inocente muchachita al goce del amor y de su juventud y a imitar el ejemplo de las espontáneas criaturas del campo en la franca expansión de sus amores, como en la siguiente *Chanson*, que nosotros hemos traducido esta vez con una cierta libertad en su verso final, aunque dentro de la característica atmósfera poética ronsardiana y su juego de metáforas más distintivo:

.....  
 .....  
*Aun moins lève un peu tes yeux  
 Gracieux,  
 Et vois ces deux colombelles,  
 Qui font naturellement,*

---

Marie, vous avez la joue aussi vermeille  
 Qu'une rose de mai, vous avez les cheveux  
 Entre bruns et châains, frisés de mille noeuds,  
 Gentement tortillés tout autour de l'oreille.

(II)

Marie, en me taçant vous me venez reprendre  
 Que je suis trop léger, et me dites toujours,  
 Quand j'approche de vous, que j'aïlle à ma Cassandre,  
 Et toujours m'appellez inconstant en amours

(X)

J'aime un pin de Bourgueil, où Vénus appendit  
 Ma jeune liberté, quand prise elle rendit  
 Mon cœur que doucement un bel oeil emprisonne.

(XXIX)

Si quelque amoureux passe en Anjou par Bourgueil,  
 Voie un pin qui s'élève au-dessus du village,  
 Et là, sur le sommet de son pointu feuillage,  
 Verra ma liberté, trophée d'un bel ceil,

(XXXVIII)

*Doucement,  
L'amour du bec et des ailes;*

*Et nous, sous ombre d'honneur,  
Le bonheur  
Trahissons par une crainte:  
Les oiseaux sont plus heureux  
Amoureux,  
Qui font l'amour sans contrainte.*

*Toutefois ne perdons pas  
Nos ébats  
Pour ces lois tant rigoureuses;  
Mais si tu m'en crois, vivons,  
Et suivons  
Les colombes amoureuses.*

*Pour effacer mon émoi,  
Baise-moi,  
Rebaise-moi, ma Déesse!  
Ne laissons passer en vain  
Si soudain  
Les ans de notre jeunesse.*

.....  
.....  
*Al menos alza tus ojos  
graciosos,  
y ve a esas dos palomicas,  
que se aman naturalmente,  
dulcemente,  
con el pico y las alicas.*

*Tú y yo bajo un falso honor  
nuestra dicha  
traicionamos por temor:  
las aves son más dichosas,  
que amorosas  
se aman sin tanto pudor.*

*Así pues nuestras caricias  
no perdamos  
por leyes tan rigurosas;  
antes —créeme— vivamos  
y sigamos  
a las aves amorosas.*

Para aplacar mi pasión  
 ¡bésame,  
 y vuelve a besarme, oh diosa!  
 por que no pasen en vano  
 ni tan presto  
 de la juventud las rosas.

Vemos así cómo, junto a la categoría de ejemplo que puede ofrecer la naturaleza, también existe en el libro un gentil refinamiento preciosista, un cierto alejandrismo que nos atreveríamos a calificar de pre-rococó, gracioso y menudo, interesado por lo bonito, por lo dulce, lo blando y lo primoroso, muy a tono con el talante un tanto frívolo y hedonista, de cierta poesía de Ronsard y con su temperamento galante y epicúreo.

Un amplio sector de su obra trasciende así un delicado aroma voluptuoso y festivo. A la fluidez del verso cantarina y ligera se añade el gusto por el adjetivo empequeñecedor y gracioso, acentuado por la abundancia de epítetos amables y el frecuente empleo de los diminutivos, lo cual confiere a esta poesía una cierta pícaro ligereza y culta artificiosidad en el tratamiento de la pasión amorosa muy característico del genio francés. Véase, entre otros ejemplos fáciles de detectar en todo lo expuesto a lo largo de este artículo, el siguiente soneto de los *Amores de María*, inspirado en el juego sobre el agua y el fuego tan característico de ciertos poemas de la *Antología griega*:

## LXV

*Amour, voyant du Ciel un pêcheur sur la mer,  
 Calla son aile bas sur le bord du navire;  
 Puis il dit au pêcheur: "Je te prie que je tire  
 Ton rets qu'au fond de l'eau le plomb fait abîmer.  
 Un Dauphin qui savait le feu qui vient d'aimer,  
 Voyant Amour sur l'eau, à Tethys le va dire:  
 "Téthys, si quelque soin vous tient de notre empire,  
 Secourez-le ou bientôt il s'en va consumer."  
 Téthys laissa de peur sa caverne profonde,  
 Haussa le chef sur l'eau et vit Amour sur l'onde.  
 Puis elle s'écria: "Mon mignon, mon neveu,  
 Fuyez et ne brulez mes ondes, je vous prie.  
 -Ma tante, dit Amour, n'ayez peur de mon feu,  
 Je le perdis hier dans les yeux de Marie".*

Que nosotros hemos traducido así:

Amor, del Cielo viendo a un nauta sobre el mar,  
 posó sus alas sobre la borda del navío,  
 y al pescador le dijo: "Sacar es deseo mío  
 tus redes que hasta el fondo el plomo hace abismar".

Un delfín que sabía el fuego que es amar,  
 viendo a Amor sobre el agua, a Tetis dijo airado:  
 "Tetis, si de este reino tenéis algún cuidado,  
 prestadle ayuda o pronto él se consumirá".

Tetis su honda caverna dejando, preocupada,  
 sacó su pecho fuera, y a Amor viendo, espantada,  
 sobre el agua, gritóle: "Sobrino, prenda mía,

marchaos y no inflameis mis ondas, os lo ruego".  
 –"Querida tía, Amor dijo, no temáis por mi fuego,  
 que ayer me lo robaron los ojos de María".

En definitiva, a lo largo de todos estos poemas entramos en un mundo de dulce frivolidad y preciosismo, de delicado erotismo y amable desenfado, de un luminoso hedonismo paganizante, en el que parece brillar por su ausencia el sentido del pecado y de todos excesivo y "romántico" patetismo amoroso. Un aire matinal y risueño parece orear felizmente la atmósfera de estos amores, tan sólo enturbiada por la hiriente conciencia de lo efímero de la belleza y de sus dones, pero cuya inapelable transitoriedad parece aún más intensificar el goce.<sup>10</sup>

### EL VIAJE A TOURS, O LOS ENAMORADOS (Thoinet y Perrot)<sup>1</sup>

Era en los días aquellos en que, amorosa, Flora  
 para su amado hacía abrir todos sus pétalos  
 en los pintados campos, esmaltados de flores  
 como el gran arco iris de colores se esmalta;  
 cuando las mariposas y las rubias abejas  
 acarreado el polen en su pico o sus patas

<sup>10</sup> Los poemas pertenecientes a la segunda parte de la obra, los titulados *Sur la mort de Marie*, que Ronsard adjuntará en 1578 al *Second livre des Amours*, es decir al ciclo que venimos comentando, plantean ya otra serie de cuestiones, que no es el momento de dilucidar aquí. Baste señalar al respecto que, frente a la creencia convencional o tradicional de considerarlos inspirados por la pequeña campesina de Anjou, "parecen haber sido compuestos en gran parte a la muerte de Marie de Clèves (1574), amante de Enrique III", según indica F. Joukovsky, en su ya citada introducción a *Ronsard. Poésies choisies* (Garnier, París, 1969, pág. XV).

Para la redacción de las siguientes anotaciones hemos cotejado someramente las ediciones del poeta por G. Cohen (1936-1938, 2vol.) y la de *Les Amours*, por Françoise Joukovsky, con texto establecido por Albert-Marie Schmithd (Gallimard, 1986), que es el que hemos seguido en nuestra traducción, ampliando, por nuestra parte, todas las alusiones a la mitología y al mundo de los amigos de Ronsard.

<sup>1</sup> Thoinet y Perrot: Thoinet es Jean-Antoine de Baif; Perrot, Pierre de Ronsard, respectivamente enamorados de Francine (Françoise de Gennes) y de Marie (Marie Dupin).

vagan por los jardines, y el coro de los pájaros  
 por los bosques de ramo, en ramo, aleteando  
 a sus nidos atienden, y entre las verdes frondas  
 alimentan sus crías con paternal cuidado.  
 Era en el mes de abril cuando Thoinet, pasando  
 por la Vendôme, llevóme consigo a Tours por ver  
 a mi Marión<sup>2</sup> amada que allí acudido había  
 de su prima a las bodas, al tiempo que mi amigo  
 a ver iba a Francine<sup>3</sup>, que Amor con él jugando  
 junto al Clain<sup>4</sup> con sus flechas grabado había en su pecho.  
 Partimos los dos juntos de la aldea de Coustures<sup>5</sup>,  
 pasamos por Gastine<sup>6</sup> y sus altas florestas,  
 pasamos por Marré<sup>7</sup>, y hacia las doce vimos  
 del pastor Phelippot alzarse la gran torre  
 que de Beaumont la Ronce honra su caserío  
 como honra un pino altivo los árboles de un soto.  
 Tal pastor Phelippot, siempre alegre y discreto,  
 nos festejó en su casa hasta que el sol se puso.  
 Luego a acostarnos fuimos de Lengerie<sup>8</sup> al remanso,

---

Jean-Antoine de Baïf (1532-1589), poeta de la *Pléiade* y uno de los espíritus más eruditos e inventivos de este grupo. Bajo la influencia de Ronsard, continúa el petrarquismo en Francia en sus dos poemarios de los *Amours*.

Poeta cortesano y cultivador de una cierta poesía didáctica en *Les Météores*, tras la huella de las *Geórgicas*, de Virgilio, sigue el magisterio de la *Antología* en sus *Passe-Temps*, y el de Hesíodo, en los *Mimes*.

Llevado por su gran inquietud humanística, intenta a su vez, aunque sin fortuna, una reforma de la ortografía y de la poesía francesas, bajo el patrón de la métrica latina, fundada sobre la cantidad de las sílabas, creando así los que fueran llamados *versos baifinos*.

<sup>2</sup> Como ya hemos apuntado en las páginas preliminares, tenemos pocos datos sobre esta muchacha, inspiradora de los más realistas y sensuales versos de Ronsard. El poeta la conoció en 1555, a sus treinta y un años, en Bourgueil, valle del Loira. No se trataba de una dama, como las otras musas de Ronsard, sino de una campesina —*fleur angevine de quinze ans*— que rechazó al ya maduro amante y suscitó en el poeta sus acentos eróticos más intimistas y emotivos.

El ciclo de los poemas a María, publicados bajo el título de *Continuation des Amours* (1555) y *Nouvelle Continuation* (1556), a pesar de ciertas influencias librescas y eruditas, aunque muy vitalmente asumidas, de Anacreonte, de la *Antología* griega y el poeta neolatino, de Constantinopla, Marulo, trasciende un más fresco sentido realista, una más agreste y natural autenticidad, real y vivida, frente al artificio y la literaturización petrarquista de los *Amores de Casandra*. Las convenciones específicas de la escuela italiana parecen recorridas por una savia nueva que las fecunda y hace florecer en muy eficaces aciertos poéticos.

<sup>3</sup> Francine: se trata, como ya hemos apuntado, de Françoise de Gennes, musa de Baïf y de familia poitevina.

<sup>4</sup> El Clain: río que pasa por Poitiers.

<sup>5</sup> Cousture (Loir-et-Cher), lugar natal de Ronsard, en el Vendomés.

<sup>6</sup> Gâtine: bosque de Gâtine, en el Vendomés, donde transcurriera la infancia del poeta y que está en el origen de su intenso sentimiento de la naturaleza.

<sup>7</sup> Marré y Beaumont-la-Ronce, donde viviera su primo Philippe de Ronsard (el pastor Phelippot de la égloga) en su castillo de Beaumont-la-Ronce, son localidades del distrito de Tours.

<sup>8</sup> Langerie es una aldea junto al Choisille.

debajo de unos sauces que festonan un prado.  
De allí, al romper del alba reanudando la marcha  
el campanario vimos elevarse, en un bosque,  
de Saint Cosme-les-Tours<sup>9</sup>, donde la gentil boda  
transcurría en un prado en medio de una isla.  
Allí Francine danzaba, de Thoinet el tormento;  
allí Marión bailaba, que a su vez lo era mío;  
y entrando ambos al corro de la fiesta y la danza,  
Thoinet en primer término entonó estas querellas:  
"Oh Francine, amor mío, que olvidar ya no puedo  
por más que tú te olvides de mi fe y mis amores,  
por más fiera que fueses que las osas crueles  
y los embravecidos torrentes del invierno,  
y por más que en tu pecho, en vez de humanas vísceras,  
por corazón llevaras una roca insensible,  
y te hubieses criado con leche de leona  
y fueras más perversa que una bestia traidora,  
yo intentara no obstante ablandar tus rigores  
hasta que de tu pobre Anthoinet te apiadases.  
Yo soy, si es que te acuerdas, aquel Thoinet que, jóvenes,  
al verte junto al Clain te proclamó su dueña,  
que dulzaina y zampona modulara en sus labios  
por darte gusto entonces, mas fuera ilusión vana  
pues creyendo ablandarte como a mujer sensible  
me encontré con un pecho y unos oídos sellados,  
¡quién lo hubiera creído! ay, por cien mil carámbanos,  
los cuales te impidieron que escucharas mis cantos.  
Mas el tiempo, no obstante, que cada año despoja  
los prados de sus pastos, de sus haces los campos,  
privarme aún no ha logrado del recuerdo del día  
ni del mes ni del año que te vieran mis ojos,  
y jamás lo lograra, por más que yo agotase  
del río del olvido las subterráneas ondas.  
Era en el mes de abril, Francine, aún lo recuerdo,  
cuando todo árbol brota, cuando la tierra toda  
de anciana, de repente, transfórmase en doncella  
y anida entre las vigas la errante golondrina;  
cuando portando al dorso el caracol su casa  
deja un rastro en las flores; cuando un vellón tan rubio  
reviste a las crisálidas y sobre las praderas  
vuelan las mariposas con sus alas polícromas,

---

<sup>9</sup> El priorato de Saint-Cosme, cerca de Tours. Ronsard aún no se había instalado en esta residencia cuando escribió *El viaje a Tours*, es decir en 1560, pues se trata de una pieza añadida a la versión de 1555-1556. En esta abadía morirá el poeta en 1585.

cuando por vez primera te viera, y desde entonces todo me es ya insufrible después de ver tus ojos. Seis años ya han pasado, y no obstante aún escucho el timbre melodioso de tu voz sin rival que me arrebató el alma, y aún todavía recuerdo tus encendidos labios y tus cabellos de oro, tus manos y tus ojos, y si el tiempo que vuela ha luego hurtado, aleve, alguna de tus gracias, ay, no seré yo a ellas menos rendido ahora que lo fui junto al Clain, aquel día en que te viera exceder en belleza a todas las zagalas que los pastores mozos estimaran más bellas. Que yo no atiendo a ésta que tú puedas ser hoy sino a la que tú fueras, pues tan profundamente los amorosos dardos grabáronte en mi alma que tal cual fueras antes tal te llevo en la sangre. Cuando tus claros ojos traspasáronme el pecho, por conocer mi suerte me hice agitar la criba<sup>10</sup> por Janetón, la bruja del burgo de Crotelles<sup>11</sup>, que, ya fausto o aciago, sabe leer el futuro; la cual tras por tres veces escupir en su seno y estornudar tres veces, tomó la levadura, la amasó entre sus dedos e hizo una imagen luego a ti muy semejante en faz, porte y figura. Tres vueltas dio ella luego y masculló tres veces y, ciñéndome el cuello con su liga, me dijo: "No tan cautivo tengo tu cuello cual tu vida cautiva es de Francina y de esa oscura suerte que infausta te persigue, ya que la muerte sólo desatará ese vínculo que te ciñe tan fuerte. Por lo demás no esperes nunca inflamar un témpano cuya helada dureza te trocará en cenizas". Mas yo no la creyera, y, por querer entonces estar aún más seguro, la noche de San Juan hice cortar dos juncos; mas advertí en el suelo —señal de amor— al mío crecer más de una braza mientras quedaba el tuyo corto como señal de serte indiferentes mi afán y mi cuidado, pues que tú no me amabas e incluso tu amistad, igual que el junco breve, seguiría siendo leve.

<sup>10</sup> Thoinet consulta a una hechicera que agitando arena en un cedazo adivinaba el porvenir según la forma que adoptase esta masa fluida.

<sup>11</sup> Crotelles: a cuatro kilómetros al sur de Poitiers.

Y antes de ayer, incluso, puse para probarte  
de mi mano en la palma tres hojas de avellano<sup>12</sup>  
que tras batirlas luego no hicieron ruido alguno  
y sin rumor ninguno, lascias, se marchitaron,  
señal cierta que poco te importan mis amores,  
pues que tras golpearlas no crujieron siquiera,  
mostrando que tu pecho no crepita tampoco  
como sí lo hace el mío con un ardor secreto.  
Oh mi Francine tan bella, por qué, al danzar, soberbia,  
desdeñas que mis manos con las tuyas se junten,  
o bien, harta del baile, tendida entre estas flores,  
posar yo mi cabeza no puedo en tu regazo,  
mis ojos en los tuyos, o mis labios temblando  
sobre esos dos ebúrneos puros pechos de nieve?  
¿Tan viejo te parezco? Mi barba todavía  
no hace más que apuntar, aún tierna, en mis mejillas,  
y así tus labios, bellos aún más que los corales,  
si besarme quisieran no haríanse daño alguno,  
sino, como un lagarto se esconde entre la hierba,  
en sus rubios vellones esconderías tu lengua  
y al retirarla luego tú sacarías prendido  
mi corazón con ella que ardiendo hacia ti iría.  
Tómalo, pues, con esta pareja de palomas  
que te ofrezco; las he cogido de ese nido  
y esos gentiles ramos de que te hablara un día:  
Margot más de una hora me ha estado cortejando  
pues para sí quería llevárselas cautivas.  
Mas no serán para ella, y otras tantas mañana  
te traeré yo, amor mío, con un tierno pinzón  
que aprendió de memoria una canción muy bella  
que escribí el otro día debajo de un espino  
y cuyo arranque habla de ti y de mí, Francine.  
Mas, ah, cruel, no me huyas, y tus amantes ojos  
de mí no apartes; ay de mí, oh desdichado,  
pues bien mi mal conozco ¡ay, misero!, y conozco  
la fuerza de este amor que el alma me devora.  
Su saña es enconada y no tiene otro afán  
que, a fuego lento, el alma, flamígero, abrasarnos  
o el de helámosla luego, cual si su ser viniérale  
de un témpano, un volcán o un peñascal salvaje.  
Si por ventura fuese mariposa o abeja

---

<sup>12</sup> Modo de arte adivinatoria que Ronsard toma de Teócrito. Parece que el rumor de las hojas tiene aquí el valor de un presagio.



te besaría en la boca, e iría a posarme luego  
 en tus pechos sorbiendo con mis ansiosos labios  
 ese humor que te vuelve hacia mí tan esquiva.  
 Oh mi bella Francine, de las bellas pestañas  
 y los ojos más bellos, bésame, abrázame  
 tal la viña entrelaza con sus brazos al árbol,  
 pues el beso aún más vano cierto gusto reporta.  
 Ay, que muero y me harás que destruce este ramo  
 de tomillo y de lirios que trencé para ti  
 con esas rojas flores llamadas *casandrillas*  
 y esas otras tan blancas que *olivillas* se llaman,  
 y a las cuales Bellot<sup>13</sup> diérasle vida y nombre,  
 y de aquellas que toman de tu nombre su nombre.  
 ¿Por qué de mí te alejas? Oh mi arisca enemiga...  
 A arrancarme yo voy este sayo y mis ropas  
 y, desnudo, a trepar a ese risco empinado  
 desde donde ese mozo pescando está a la caña,  
 a fin de supultarme en las aguas del Loira  
 y lavarme estas penas, o bebiéndome todas  
 sus espumosas ondas apagar en sus aguas  
 heladas esta hoguera que de amor me consume".  
 Así dijo, y Thoinet desmayóse en la hierba  
 cual transido de ver a su amor, tan esquivo,

<sup>13</sup> Bellot: creemos que se trata de su amigo Joaquim Du Bellay (1522-1560), y autor de *L'Olive*, más que del poeta Belleau (1528-1577), como ha apuntado F. Joukovsky; cultivador, el tal Belleau, muy caracterizado, de una poesía de inspiración anacreónica, de muy fino encanto, y espíritu muy sensible a la belleza de los paisajes campestres.

Para una mejor intelección de estos versos véase el soneto CXVI de *Amores de Casandra*, que comienza *Cette beauté de mes yeux adoré*, según nuestra versión:

Esta beldad, que, a mis ojos sagrada,  
 me hace vivir en mortales trabajos  
 unció mis canes y andaba tras mis pasos  
 cual tras de Adonis Venus Cipria dorada,

cuando una zarza en vano enamorada  
 cual yo lo estaba del carmín de sus brazos  
 un beso al darles correr le hizo hasta abajo  
 como una linfa púrpura y colorada.

La tierra entonces, que inquieta recibiera  
 tal sacra sangre, fecunda, concibiera  
 como la sangre, roja, una florecilla.

Y de igual modo que de Helana nació  
 la flor que de ella bello nombre tomó,  
 por mí Casandra se llamó *casandrilla*.

de sus penas burlarse, sin dignarse tan sólo,  
 de una leve mirada, aplacar su tormento.  
 Yo abrí entonces mis labios tras Thoinet por cantar  
 cómo Marión aún me era todavía más arisca,  
 cuando vi que su madre con urgencia alejábese  
 y llevarse con ella a su hija hacia un barco  
 que, feliz en las ondas, tal tesoro aguardaba  
 amarrado en el tronco de un sauce de ancha copa.  
 Y ya el remo tirando de la cóncava nave  
 y el viento henchendo el pliegue de sus túrgidas velas  
 al amor me robaban que me tiene en cadenas  
 cuando al borde primero de la arena sentéme  
 y con los ojos puestos en la infausta galera  
 y viendo al barco mismo de mis penas dolerse,  
 a Marión dirigiéndome, canté así a este convoy<sup>14</sup>:  
 "Oh nave que en las ondas a mi vida te llevas,  
 los vientos a tus velas sean benignos y mansos,  
 y las arteras sirtes que en las aguas se esconden  
 no envuelvan tu carrera en su arena adormida.  
 Que aguas, cielos y vientos sean a mi amor propicios  
 y ola encrespada alguna no perturbe tus remos.  
 Como un estanque quieto, perezoso y sin ondas,  
 muestre el Loira su curso, y sus túrbidos légameos  
 múdense esta mañana en menudas arenas  
 cuajadas de rubíes y mil perlas sin tacha.  
 Sembradas sean sus márgenes de las flores más bellas,  
 reflejando en sus aguas los más bellos colores,  
 y los coros risueños de las gráciles náyades  
 en torno a ti retocen con mil saltos y brincos,  
 peinando unas, solícitas, con sus cándidos dedos  
 la espuma ante tu proa, y las otras, sus pechos  
 sacando a flor del agua, con esforzado brazo  
 la nave ellas empujen a lo largo del río.  
 El índigo vencejo alce su vuelo a proa  
 junto a las gaviotas, y prosiguiendo el mergo<sup>15</sup>  
 su mísero destino, hoy al menos no piense

---

<sup>14</sup> Según G. Cohen, *convoy* tiene aquí el sentido de *conduit*, género que designa el canto con el que se suele acompañar a un cortejo. Nosotros, en nuestra traducción, hemos deslizado ligeramente el sentido, sin traicionar el espíritu del verso.

<sup>15</sup> Ésaco, príncipe troyano, hijo de Príamo; desesperado por la muerte de la ninfa Hesperia a consecuencia de la mordedura de una serpiente, se arrojó al mar desde lo alto de una peña, siendo salvado, sin embargo, por Tetis, que lo convirtió en un somormujo o mergo, ave de la familia de las palmípedas. A partir de esta metamorfosis Ésaco prosigue con su intento de suicidio amoroso lanzándose sobre las aguas, pero sus alas lo salvan y le hacen tornar de nuevo a la superficie después de cada zambullida.

en su querida Hesperia y no húndase en el río;  
 que la estridente garza que las tormentas huye,  
 del cielo suspendida, no haga ya el menor ruido.  
 Y todo gentil pájaro que tras su presa vuela  
 las escamosas ondas, te escolte, afortunado,  
 para arribar seguro con esa carga a puerto,  
 do Marión, quizá, hallar pueda en su orilla  
 un olmo por los brazos de una viña enlazado,  
 y al verla de tal modo tiernamente abrazada,  
 de su Perrot, tan triste, quizá entonces se acuerde  
 y quiera así en la orilla estrecharlo en sus brazos.  
 Cuéntase cómo antaño ciertos héroes mudaron  
 su condición en ríos, y ellos mismos nadaron  
 sobre las propias ondas que de su ser fluían  
 cuando sus cuerpos gota a gota se destilaron,  
 ¡Ay, si trocar pudiera mi semejanza humana  
 en la forma del agua que a esa barquilla arrastra!  
 Con un murmullo iría bajo su corva quilla  
 o en torno suyo iría con mis amantes linfas,  
 besando ora su mano, ora su boca franca,  
 siguiéndola hasta el puerto de la Capilla Blanca<sup>16</sup>;  
 luego el canal dejando para gozar mi prenda,  
 siguiendo sus pisadas marcharía hasta Bourgueil,  
 y allí, bajo de un pino<sup>17</sup>, recostado en un prado,  
 cobrar querría de nuevo mi primitiva imagen.  
 ¿Hay, por ventura, alguna hierba en estas orillas  
 de sabor tan intenso que transformarme pueda,  
 tal como a Glauco<sup>18</sup> un día, en acuático monstruo,  
 que, hombre y no pez, se muestra hombre y pescado a un tiempo?  
 Ojalá Glauco fuese y guardara en mi seno  
 las manzanas que Hipómenes<sup>19</sup> arrojó en su carrera  
 por vencer a Atalanta, que para detenerte  
 echarías al agua para que así aprendieses  
 que no tan sólo el oro poder tiene en la tierra,  
 mas sobre el agua puede burlar a las mujeres.

<sup>16</sup> La Chapelle Blanche, junto al Loira, cerca de Bourgueil.

<sup>17</sup> Bajo de un pino: emblema alusivo a Marie Dupin, la amada del poeta.

<sup>18</sup> El pescador beocio Glauco fue metamorfoseado en monstruo o divinidad marina, al probar unas hierbas mágicas que también conferían la inmortalidad.

<sup>19</sup> Hipómenes: enamorado de la esquivada Atalanta, y con la ayuda de Afrodita, venció a la muchacha en una carrera, al ganador de la cual ella había prometido concederle su mano. Para lograr el triunfo, Hipómenes fue arrojando una por una las tres manzanas de oro que la diosa habíale regalado con las instrucciones de que las fuese dejando caer en el trayecto, y así, por el tiempo perdido por Atalanta en recogerlas, entró el primero en la meta.

Mas esto es imposible, y lo que esté en mis manos  
 rematarlo pretendo a fin de darte gusto:  
 así, con mimo, pienso regar este avellano,  
 y floridas guirnaldas trenzar entre sus ramas.  
 Sobre su tronco luego con un punzón pretendo  
 grabar profundamente las letras de tu nombre  
 para que los viajeros en él *Marión* leyendo  
 honren este árbol tuyo honrado con tu nombre.  
 Mullirme luego pienso un verde y blando lecho  
 de frondosas pervincas tendidas sobre el suelo,  
 de oloroso tomillo y espigadas lavandas,  
 perfumados poleos tapizando la tierra  
 con nenúfares verdes que a la frescura incitan  
 y esos juncos que pueblan la orilla de los ríos;  
 que hasta el codo la hierba me cubra, y también quiero  
 de lirios y de rosas coronar mis cabellos;  
 destapar en tu nombre, de Anjou, una barrica,  
 y acordándome siempre de mi toda divina,  
 de ti, mi dulce pena, apurar hasta el fondo  
 mil veces ese día mi bien servida jarra,  
 y de allí no moverme hasta que poco falte  
 para llegar al poso de ese néctar de Anjou.  
 Melchor el de Champagne y Guillermo de Mans<sup>20</sup>  
 con un rabel el uno y su zampona el otro  
 cantarán cómo el alma la tengo desprovista  
 de razón y de juicio desde que te conozco;  
 cantarán luego cómo por domar tus rigores  
 te llamé yo mi vida, mi corazón, mi sangre,  
 mis ojos y mi todo, mas tu alto pensamiento  
 no rebajóse, altivo, a mirar mi bajeza,  
 sino que, en otros prados, desdeñándome, amaste,  
 a otro que su cariño, harto avaro, te niega.  
 He ahí como él te trata por despreciar mis penas  
 y las rústicas notas de mi agreste siringa.  
 Cantarán luego cómo mi tez, antes bermeja,  
 como una flor se mustia que en el viento se agosta,  
 que es ya blanco mi pelo, que esas gracias tan jóvenes  
 de mi segundo abril cada vez más se borran,  
 y que desde ese instante que el amor me hizo tuyo  
 más viejo cada día y más triste me torno.  
 Cantarán luego cómo los mozos de la aldea  
 cuentan cómo tu rostro pierde ya su frescura,  
 y que mañana el gallo, con las luces del alba,

<sup>20</sup> Melchior... y Guillaume: amigos de Ronsard no identificados.

no oirá ya ante tu puerta rondadores ni amantes.  
 Bien necio es quien se fía de sus jóvenes años,  
 que tan presto se pierden y tan pronto nos dejan:  
 la rosa con los días se hace un escaramujo  
 y todo con el tiempo por el tiempo se vence.  
 ¿Qué ganas tú, amor mío, viviendo en este valle  
 de Bourgueil que las musas nunca su umbral pisaron?  
 Deja por mí tu Anjou; vente a mi Vendomés.  
 Alzarse allí a los cielos, de sus bosques, las copas;  
 hay allí mil florestas y mil bellas llanuras;  
 cantan allí las aguas de mil fuentes diversas  
 y hay allí mil peñascos donde Eco<sup>21</sup> por doquier  
 al repetir mis versos no habla más que de amor.  
 Ahora bien, si no quieres, no tendré inconveniente  
 en hacerme angevino y aprender tu lenguaje;  
 y, por más conmoverte, los altos versos griegos  
 que a mi lengua tradujo del gran Píndaro, humilde<sup>22</sup>,  
 tornaré a repetírtelos en un canto más fácil  
 y en la dulce siringa del pastor de Sicilia.  
 Allí, en tus arenales, y angevino ya vuelto,  
 pienso vivir anónimo, cual un desconocido,  
 y apacentar contigo, desde que rompa el alba,  
 cerca del puerto Guiet<sup>23</sup>, nuestro agreste rebaño.  
 Luego, a la siesta, quiero, tendido en tu regazo  
 dormirme bajo un roble donde la hierba en torno  
 nos brinde un fresco lecho de mil flores distintas  
 en que yacer tumbados los dos juntos, de espaldas.  
 Y antes que el sol se ponga llevaremos los bueyes  
 a abreviar a las cumbres de los verdes regatos,  
 para escoltarlos luego al son de la dulzaina  
 y caer los dos rendidos sobre la blanda hierba.  
 Allí, sin ambiciones de otros bienes mayores,  
 contento solamente con amarte y con verte  
 pasaremos la vida hasta que tus paisanos  
 sobre mi tumba graben este breve epitafio:  
 "Quien aquí yace, herido por las flechas que Amor

<sup>21</sup> Eco: la ninfa Eco.

<sup>22</sup> Alusión a las odas pindáricas incluidas en su colección de las *Odas*, de 1550. Ronsard prefiere imitar aquí para María el estilo bucólico de Teócrito (*el pastor de Sicilia*), más accesible que la enfática erudición y oscuridad de Píndaro. De hecho, como ya hemos apuntado, todo el ciclo de María se caracteriza por su más transparente y delicada naturalidad, por su vívida franqueza y espontaneidad en la sincera expresión de los sentimientos, al menos en la superficie de los versos. No obstante se trata, igualmente, de una poesía culta y de muy prestigiosa tradición.

<sup>23</sup> Port Guiet, cerca de Bourgueil, ya ha dejado de ser hoy día un puerto del Loira.

nos sepulta en el pecho, guardó al igual que Apolo los hatos de su dama, y en este prado ameno murió, feliz, de amar a su María tan bella, la cual tras de su muerte murió, también, de pena, y en esta verde tumba juntos los dos reposan". Apenas si esto dije que despertó Thoinet, y vuelto en sí, de nuevo, corrió tras de su dama, pero yo, conteniéndolo, me lo llevé a otra parte donde encontrar albergue puesto que ya era tarde. Ya habíamos traspasado las arenosas márgenes y las sonoras ondas que rompen contra el puente, y a lo alto ya del arco habíamos arribado, y desde allí avistábamos el túmulo de Turno<sup>24</sup>, cuando el pastor Janot<sup>25</sup>, siempre galán, lleváranos bajo su humilde techo de gavillas de avena.

<sup>24</sup> La presunta tumba de Turno (Turnus), héroe epónimo legendario, de origen troyano, y fundador mítico de Tours, se encontraba bajo el castillo de esta ciudad. Probablemente Ronsard lo identifique con Turno, personaje de la *Eneida*, rey de los Rútulos.

<sup>25</sup> Janot: quizá Jean Dorat, aunque no se sabe si este gran humanista llegó a poseer una casa de Tours, según apunta F. Joukovsky. Fue el maestro de los poetas de la *Pléiade*, y Ronsard lo celebró en el soneto necrológico que comienza

*Écoute, mon Aurat, la terre n'est pas digne  
de pourrir en la tombe un tel corps que le tien:*

Como el soneto, incluido en la primera parte de los *Amores de María*, es de 1555, año en el que el poeta conociera a Marie, y cinco antes de que compusiera su égloga, si en realidad tal sobrenombre pastoral hace referencia a Dorat, ello nos permite pensar que Ronsard evocara, en 1560, en su poema, alguna excursión ya bastante lejana en el tiempo por el valle del Loira.